Hydra Verlag ist Prof. Mehring für seine freundliche Unterstützung sehr dankbar.

Hydra Editorial agradece profundamente al Profesor Mehring por su gentil apoyo.

La publicación de esta obra recibió el apoyo
de la Universidad Católica de Santiago del Estero

Reinhart Koselleck

Sentido y repetición en la historia

HYDRA

Koselleck, Reinhart
Sentido y repetición en la historia; con prólogo de Reinhard Mehring. - 1ra. ed. - Buenos Aires: Hydra, 2013.
171 p.; 21,5x15 cm.

Traducido por Tadeo Lima
ISBN 978-987-24866-9-3

1. Teorías Políticas. I. Mehring, Reinhard, prolog. II. Lima, Tadeo, trad. III. Título
CDD 320

Hydra Editorial:
Editor general: Sebastián Abad
Comité editorial: Esteban Amador, Mariana Cantarelli, Rosario González Sola, Ana Kuschnir

Editores responsables del volumen: Sebastián Abad y Esteban Amador
Traducción y notas: Tadeo Lima
Notas: Esteban Amador y Sebastián Abad

Diseño: Gustavo Pedroza
Realización: Silvana Ferraro
Corrección: Roberta Zucchello

Colección Filosofía Política - Serie Alemana

© Hydra
Darwin 790 8° B
1414, Ciudad de Buenos Aires, Argentina
editorial@hydracapacitacion.com.ar
www.hydracapacitacion.com.ar

Título en original: Wozu noch Historie?; Vom Sinn und Unsinn der Geschichte; Wiederholungsstrukturen in Sprache und Geschichte.
Taken from: Vom Sinn und Unsinn der Geschichte - Aufsätze und Vorträge aus vier Jahrzehnten.
Editor de la obra original: Carsten Dutt

© Suhrkamp Verlag Berlin 2010
All rights reserved

Hecho el depósito que establece la Ley 11.723.
Libro de edición argentina.

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Reinhart Koselleck

Sentido y repetición en la historia

Prólogo de Reinhard Mehring

Editor de la obra en alemán
Carsten Dutt

HYDRA

Índice

Teoría de la historia después de Nietzsche y Stalingrado (2012), por Reinhard Mehring 11

Sentido y repetición en la historia

¿Para qué todavía investigación histórica? (1971) 39
Sobre el sentido y el sinsentido de la historia (1997) 79
Estructuras de repetición en el lenguaje y en la historia (2006) 125

Epílogo: Koselleck y Schmitt en torno a una teoría política de los conceptos (2012), por Reinhard Mehring 163

Estructuras de repetición en el lenguaje y en la historia (2006)

> Estas historias de amor tienen algo peculiar; giran siempre alrededor de lo mismo, pero comienzan y concluyen en formas tan infinitamente variadas, que nunca deja de ser interesante observarlas.

Quienes no lean esta cita reproduciendo su inflexión original y sólo puedan hacerlo en un alemán neutro se perderán el tono vienés, pero aun así serán capaces de adivinar su autor: Johann Nepomuk Nestroy.[93]

El principio y el fin de todas las historias de amor –o el alfa y omega de todo amor– se diferencian *ad infinitum* cada vez que las parejas de amantes se encuentran, se separan o son separadas. Y sin embargo, se trata de una y la misma cosa: de ese amor que, alimentado por la pulsión sexual, se repite

[93] Johann Nestroy, *Lektüre für Minuten. Gedanken aus seinen Büchern*. Egon Friedell (ed.), Frankfurt am Main, 2001, p. 42. [En la cita del pasaje de Nestroy se repone el tono vienés al reemplazar por apóstrofes las vocales que, en esa inflexión, no se pronuncian. Es un caso comparable a la elisión de la letra «s» al final de las palabras en el español rioplatense (N. del T.)].

continua y constantemente en la multiplicidad de todas las historias particulares. Por más que la pulsión sexual haya sido orientada de diferentes maneras según la etnia, o haya sido dirigida y encuadrada culturalmente en diferentes formas, la diferencia y la tensión sexual provocan con cada nuevo comienzo una repetición sin la cual no existirían ni el género humano ni sus historias.

Con ello entramos ya de lleno en el problema que nos ocupa. Los seres humanos en tanto individuos y personas que se encuentran en relaciones amorosas son efectivamente tan únicos como creen y como lo expresan al proclamarse uno al otro que precisamente su amor está por encima de la historia, que es inconfundible, irrepetible, único. Hay detrás de ello una constatación antropológica que se ha ido transformando lentamente en el transcurso de la historia europea. *Persona* –al igual que *prósopon* en griego– refería a una tipología establecida, a una máscara a la que los humanos tenían que acomodarse para asumir un rol. Tal concepto permitiría concebir un cambio de roles, pero no el desarrollo del carácter o de la personalidad en sentido moderno.[94] Recién cuando el concepto de persona se refiere al individuo, surge el concepto ilustrado y

[94] Véase Manfred Fuhrman, «Persona, ein römischer Rollenbegriff», en Odo Marquard & Karlheinz Stierle (comps.), *Identität*, München, 1979, pp. 83-106.

romántico de la pareja, que no está referido ya a la reproducción y a la seguridad de una familia ligada al ámbito doméstico, sino principalmente a la formación de la subjetividad autónoma y a la unión libre de dos personas en virtud de sus sentimientos amorosos. Otras culturas se sirven, en sus ritos, de modos muy diferentes del dato zoológico que constituye lo sexual. Pero hay una premisa sexualmente determinada; y el proceso de actualizarla (que se repite hace millones de años), así como la concreción de la búsqueda y el encuentro mutuo (en cada caso único) de al menos dos –o también más– seres humanos, se mantienen inalterados en el plano de nuestra descripción formal general. Lo que se da «una y otra vez» se repite en cada caso particular y, sin embargo, el caso particular no se agota en la repetibilidad que lo condiciona y ocasiona, y que se halla inscripta en la sexualidad. Las acciones y las formas de comportamiento conforman un abanico infinito, pero la sexualidad que ha de actualizarse en ellas permanece estructuralmente inalterada.

Nuestro comentario a la observación de Nestroy podría generalizarse. Las personas (que Nestroy no menciona en absoluto) y lo que les sucede, los acontecimientos y conflictos en que están envueltas, así como la forma en que éstos se resuelven (ya sea como catástrofes o soluciones de compromiso), son

y permanecen únicos e irrepetibles en el carril temporal de los acontecimientos. Pero todo ello está, al mismo tiempo, inscripto o contenido en premisas que se repiten, sin ser jamás por completo idéntico a ellas. Ésta es la tesis que propongo y que me gustaría desarrollar.

Permítaseme comenzar con un experimento mental que puede ayudar a iluminar la curiosidad de Nestroy por esas historias de amor que serían una y otra vez las mismas, y, sin embargo, una y otra vez completamente novedosas.

Si todo se repitiera de igual manera, no habría lugar para ninguna transformación, ni tampoco para la sorpresa –ni en el amor ni en la política, ni tampoco en la economía o donde fuera–. Cundiría un aburrimiento de esos que mueven al bostezo. Si, por el contrario, todo fuera siempre novedoso o innovador, la humanidad se precipitaría de un día para otro, desamparada y desprovista de toda orientación, en un agujero negro.

Por sí solas, estas proposiciones necesarias según una lógica objetiva nos enseñan que, tomadas individualmente, ni la categoría de la duración (que se apoya en la repetición de lo igual), ni tampoco la categoría de una yuxtaposición diacrónica de acontecimientos únicos (sea ésta leída en forma progresiva o historicista) resultan adecuadas para interpretar las historias humanas. La naturaleza

histórica del ser humano o la antropología histórica, para formularlo en términos epistemológicos, se asienta entre estos dos polos de nuestro experimento mental: repetibilidad constante e innovación permanente. La pregunta que se impone con ello es: de qué manera cabe analizar y presentar en estratos las diferentes proporciones en que se mezclan ambos polos.

Nuestro modelo, que insta a combinar de diferentes maneras repetición e innovación, permite registrar retardamientos y aceleramientos en función de la frecuencia con que se conjugan repetición y unicidad. Habría así un aceleramiento cuando, en una serie comparativa, los elementos que se repiten lo hacen cada vez menos que antes y aparecen en cambio elementos novedosos que van despachando las premisas anteriores. En cambio, los retardamientos se darían cuando las repeticiones que nos son legadas describen un bucle o se consolidan de tal manera que se frena o incluso impide cualquier modificación.

El experimento mental apunta entonces a circunscribir teóricamente todos los acontecimientos pensables en el marco de historias posibles, de manera tal que puedan ser desglosados temporalmente con la ayuda de las categorías mencionadas. Se trata de detectar también de ese modo los presupuestos más perdurables (justamente las estructuras de repetición),

sin los cuales no podría darse ningún acontecimiento. Toda transformación efectiva, ya sea rápida, lenta o de largo plazo (para precisar las categorías de Braudel), permanece siempre ligada a la interacción variable de repetición y unicidad.

De este modo se podría mostrar lo realmente nuevo de nuestra «Edad Moderna», es decir, aquello que no repite nada de lo que existía con anterioridad –o que estaba ya presente anteriormente pero retorna sólo bajo una nueva figura–. Y por último, sería también posible detectar las estructuras duraderas que revelan y distinguen todas las historias humanas, con independencia de las épocas o los ámbitos culturales en los que las inscribimos al definirlas. Formulemos entonces nuestro problema en términos más generales: preguntamos por aquello que es característico de *todos* los seres humanos, de sólo *algunos* seres humanos o incluso tan sólo de un ser humano *en particular*. La diacronía se gradúa así en forma estratificada y a través de solapamientos que habilitan clasificaciones diversas, transversales a las periodizaciones convencionales. De esta manera resulta también posible pluralizar las épocas en función de las proporciones que observe la mezcla de repetición y unicidad, lo cual nos libra de recaer en esa periodización que dice ya poco y nada, como sucede en las denominaciones de Edad «Antigua», «Media» y «Moderna». Pues qué

sea lo antiguo, lo medieval o lo moderno no es algo que pueda deducirse con base en estas denominaciones. En cambio, las proporciones de mezcla, si bien pensadas de antemano de manera formal, ofrecen determinaciones provistas de cierto contenido y permiten despachar aquel tradicional trío de épocas que organiza nuestros libros de texto eurocéntricos y apuntala la estructura de nuestras cátedras. Se ganarían de ese modo perspectivas etnológicas que abarcaran desde los tiempos anteriores a la escritura hasta nuestras así llamadas «culturas avanzadas»; y se requerirían comparaciones intra e intercontinentales que pudieran dar cuenta de los procesos de etnogénesis, así como de las migraciones, las mezclas y las fusiones de las distintas culturas y unidades de acción, para llegar finalmente a los desafíos económicos, ecológicos y religiosos de nuestro tiempo que abarcan a la totalidad del globo o, en otras palabras, a aquellas fisuras y dislocaciones que exigen sin excepción alternativas de acción política. En resumidas cuentas, todas las historias especiales se verían obligadas de esta manera a hacer su contribución a una historia universal, es decir, la de todos nosotros. La antropología histórica tiene en todo caso la capacidad de allanar el camino en esta dirección.

Antes de pasar a ocuparnos de estructuras de repetición tomando en cuenta su dimensión empí-

rica, conviene intercalar dos advertencias a modo de aclaración. En primer lugar, una estructura de repetición tiene poco o nada que ver con la tradicional teoría de los ciclos. La noción de «ciclo» (hasta en Spengler y Toynbee) reduce todas las repeticiones posibles a la figura de un decurso lineal e irreversible, en sí mismo programado de manera teleológica. Desde la perspectiva de una teoría del tiempo, dicha figura se diferencia de un modelo de progreso lineal tan sólo por el modo –casi decadente– en que dicho modelo es reconducido sobre sí mismo. Ello vale para las doctrinas de un retorno cosmológico, como es el caso de Platón o el de Leibniz y la *apokatástasis pánton*, aunque esta idea no recubre por completo tales doctrinas.[95] Y se aplica también a la doctrina de los ciclos que Polibio extrajo de Platón y Aristóteles, según la cual

[95] *Apokatástasis pánton* es el título de un opúsculo escrito por Leibniz en 1715. Puede encontrarse parcialmente en Max Ettlinger, *Leibniz als Geschichtsphilosoph*, München, 1921, o en la traducción al francés: *De l'horizon de la doctrine humaine. Apokatastasis Panton (La restitution universelle)*, edición, traducción y notas de Michel Fichant, Paris, 1991, pp. 54-77 (no ha sido incorporado aún en la edición crítica). El término griego ἀποκατάστασις [apokatástasis] significa primariamente «restauración», en el sentido de regreso a un estado original y propio. Este sentido se registra en Arist., ethica Eudemia 1204b36, 1205a 4-b11 y en Hch. 3, 20-21: «[el Mesías destinado] debe permanecer en el cielo hasta el momento de la restauración universal (ἀποκαταστάσεως τῶν πάντων [apokatástaseos tôn pánton])». Dicho sea de paso, este pasaje es utilizado por Orígenes para argumentar en contra de la idea de un retorno *de lo mismo*. En ese sentido, como afirma Koselleck, la noción de restauración no se contradice con la idea del tiempo como progreso lineal [N. del T.].

–de manera ideal-típica– todas las formas de constitución política que eran entonces pensables y humanamente posibles brotarían las unas de las otras en el lapso de tres veces tres generaciones.[96]

A diferencia de estas teorías del retorno relativamente simples y por ello sólo superficialmente reveladoras, las «estructuras de repetición» apuntan a condiciones permanentemente posibles y diversamente actualizables de los acontecimientos particulares y sus consecuencias, las cuales sólo retornan en función de determinadas situaciones. Una teoría estocástica de la probabilidad podría acaso hacer uso de este tipo de posibilidades siempre presentes, cuya ocurrencia empero depende de una serie de azares desconocidos. Y de esta forma podría explicarse eventualmente un acontecimiento único —o bien hacer que sea probable.

Quisiera hacer una segunda observación a título de advertencia frente a posibles atribuciones causales. Todo historiador es capaz de procurarse razones para cualquier acontecimiento, tantas como le parezcan adecuadas o le auguren un consenso en la esfera pública. Nuestro modelo apunta a una aporía que se ubica en el hiato entre las condiciones reite-

[96] Véase Platon, politikos 302c ss. y de re publica 543a ss.; Arist., politica 1289a ss.; Polybios 6, 4-9 (en 6, 9 aparece el término ἀνακύκλωσις [anakýklosis], con el que Polibio caracteriza el ciclo de transformación de las constituciones políticas) [N. del T.].

radas de posibles acontecimientos y los acontecimientos mismos, junto con las personas que obran o padecen. Ningún acontecimiento puede deducirse en forma suficiente a partir de condiciones sincrónicas o de presupuestos diacrónicos, sin importar si éstos son de naturaleza económica, religiosa, política, mental, cultural o la que fuere. Existe entonces un sinnúmero de condiciones (sincrónicas) y de presupuestos (diacrónicos), no determinables de acuerdo con ninguna ley, que motivan, desencadenan, habilitan y a la vez delimitan las acciones concretas de los actores que se hallan entre sí en situaciones de disputa, competencia o enfrentamiento. La gran cantidad de espacios de acción que se abre a los que toman parte en una situación prohíbe, desde ya, inventar cadenas causales unilineales o determinantes (exceptuando aquellas que tengan una justificación heurística). Son las estructuras de repetición las que contienen siempre a un mismo tiempo más y menos de lo que sale a la superficie en los sucesos.

Las estructuras de repetición no abonan entonces ninguna noción llana de un retorno de lo igual. Y si bien dichas estructuras condicionan el carácter único de los acontecimientos, no constituyen una razón suficiente para éstos.

Realizadas las observaciones, quisiera dar el siguiente paso y hacer entonces un recorrido por estructuras de repetición que se escalonan en diferentes

profundidades. Tales estructuras abarcan desde (1) las condiciones no humanas de nuestras experiencias; pasando por (2) aquellos presupuestos biológicos de nuestra vida que compartimos con los animales, hasta (3) hasta las estructuras de repetición que son propias del ser humano, es decir, las instituciones. Finalmente, dirigiremos la mirada a (4) aquellas instancias repetibles contenidas incluso en las secuencias de acontecimientos que suceden una única vez; por último, nos ocuparemos de (5) las estructuras de repetición lingüísticas, dentro de las cuales todas las instancias repetidas y repetibles antes mencionadas fueron y continúan siendo generadas y descubiertas.

1. Habiendo tomado ya como punto de partida las necesidades sexuales de los seres humanos, podemos extender la mirada a aquellas precondiciones naturales que, aun siendo independientes de éstos, hacen posible su vida. Hay que mencionar, en primer lugar, al cosmos que alberga los ciclos de traslación de la Tierra alrededor del Sol, de la propia rotación de aquélla y de la traslación de la Luna alrededor de la Tierra. Estas regularidades organizan nuestra vida cotidiana. El pasaje del día a la noche y de la noche al día, al igual que las estaciones del año, determinan al norte y al sur de la línea del Ecuador nuestro ritmo de vigilia y sueño en su desfase según los hemisferios. Y a pesar de la téc-

nica, también determinan nuestra vida productiva. La siembra, la cosecha y la rotación de cultivos en los diferentes climas dependen de la regularidad de las trayectorias de nuestro planeta. Los ciclos de las mareas, pero también los cambios climáticos que se remontan a la «edad» de hielo (¡la experimentamos ya de manera histórica!) permanecen fijados a las órbitas de nuestro sistema solar. A este respecto, las experiencias primarias de todas las culturas históricas que conocemos resultan equiparables o semejantes. Y uno de los primeros logros de tales culturas consistió, en todas las partes del globo, en un cálculo de trayectorias planetarias que les permitió luego elaborar calendarios. Éstos son, en efecto, el presupuesto de todas aquellas reglas de repetición, ritualizadas o racionalizadas, por medio de las cuales organizamos nuestra cotidianeidad.

Hasta entrado el siglo XVIII este cosmos era considerado estable, ya fuera que se lo pensara como creado o como eterno. De esa manera, resultaba posible deducir de él, o bien inscribir y leer en él, leyes sin modalización temporal. Con la «historificación» de la antigua investigación de la naturaleza (*historia naturalis*) y su transformación en una historia de la naturaleza[97] –desde Buffon y Kant– cam-

[97] Traducimos el término *Vergeschichtlichung*, derivado de *Geschichte*, como «historificación». Como explica Koselleck, se trata en este caso de un cambio

bia el status temporal de todas las ciencias naturales. Desde entonces, incluso las leyes naturales tienen vigencia entre el momento en que entran en vigor y su posible final. La cosmología, la física, la química, la biología e incluso la antropología necesitan sus propias teorías del tiempo para poder establecer correlaciones adecuadas entre las hipótesis sobre procesos únicos y las estructuras de repetición del caso. La metacrítica de Herder, dirigida contra Kant y su representación formal del tiempo como condición de toda experiencia libre de componentes empíricos, ha alcanzado entretanto a todas las ciencias: «toda cosa sujeta al cambio tiene en realidad en sí misma la medida de *su propio* tiempo, y ésta es válida aun cuando no hubiese ninguna otra. No existen dos cosas en el mundo que tengan la misma medida de tiempo. Mi pulso, mi andar o el vuelo de mis pensamientos no constituyen ninguna medida de tiempo para otros. El fluir de *una* corriente, el crecimiento de *un* árbol no son aptos para *medir el tiempo* de todas las corrientes, los árboles o las plantas [...]. Hay entonces en el universo (puede afirmarse con propiedad y determinación) incontables tiempos para *un* tiempo

conceptual que afecta a la manera en que se concibe el objeto mismo de una ciencia de la naturaleza. Véase al respecto: Koselleck, «Geschichte, Historie. V. Die Herausbildung des modernen Geschichtsbegriff», en *Geschichtliche Grundbegriffe*, Stuttgart, 1975, vol. II, pp. 647-691 (678-682) [N. del T.].

determinado».[98] La relatividad del tiempo dentro de un espectro de múltiples tiempos –tal como la pensó Herder siguiendo a Leibniz y adelantándose a Einstein, y como ha sido visualizada en términos epistemológicos por Friedrich Cramer–[99] exige en todos los ámbitos del conocimiento y de la experiencia determinaciones propias y nuevas de las relaciones entre repetibilidad y unicidad, a fin de poder analizar procesos en cada caso diferentes aunque interdependientes.

2. Cuanto más se adentra la paleontología en la profundidad de miles de millones de años, aproximándose a una cosmogénesis, y cuanto más se entrecruzan los procesos microscópicos de la química física y biológica, hasta llegar a la ingeniería genética, tanto más se entrelazan también la historia natural biológica, la animal y la humana, por más que continúen siendo distinguibles.

Las premisas de la naturaleza humana, que –en diferentes dosis– compartimos con muchos animales, están sujetas a un importante número de repeticiones. Las diferencias entre los sexos, la reproducción, el nacimiento y la muerte, así como el acto de dar muerte no sólo a la presa sino también al semejante, pero también las diversas formas de satisfacer las necesidades (lo cual, como sucede ante todo en el caso del hambre, nos impulsa a planificar a más largo plazo): todo ello lo compartimos con varios animales, aun cuando el ser humano haya encauzado y transformado culturalmente estos procesos cardinales.

A esto se añaden tres determinaciones fundamentales de carácter formal: superior-inferior, interior-exterior y anterior-posterior, las cuales ponen en movimiento todas las historias humanas y de esa manera hacen brotar temporalmente los acontecimientos.[100] También ellas están en cierta manera naturalmente preprogramadas.

Las demarcaciones entre interior y exterior son constitutivas de todos los territorios animales, pero también satisfacen el mínimo de delimitación que necesitan los seres humanos para ser y permanecer capaces de actuar. En el curso de la historia, las determinaciones de fronteras se multiplican y sola-

[98] Johann Gottfried Herder, *Eine Metakritik zur Kritik der Reinen Vernunft*, en *Werke in zehn Bänden*, Hans Dietrich Irmscher (ed.), Frankfurt am Main, 1998, vol. VIII, p. 360.

[99] Friedrich Cramer, *Der Zeitbaum. Grundlegung einer allgemeine Zeittheorie*, Frankfurt am Main, 1993.

[100] Koselleck emplea el sustantivo *Zeitigung*, formado a partir del verbo *zeitigen*. En un uso culto, el término significa «dar fruto», «arrojar como resultado», mientras que en el alto alemán medio significaba «madurar». Heidegger utiliza reiteradas veces los términos en *Ser y tiempo* (en particular § 67–71) para referir al proceso de maduración (temporalización) de los tres momentos de la temporalidad del *Dasein*. En este uso parece inspirarse Koselleck [N. del T.].

pan entre sí hasta llegar a la así llamada «globalización», que trae consigo nuevas circunscripciones internas en el espacio común de nuestra Tierra.

Las determinaciones jerarquizantes de lo superior y lo inferior –es decir, lo que en el ámbito animal llamamos «la ley del más fuerte»– reaparecen transformadas en todas las constituciones y las organizaciones humanas, incluso allí donde éstas persiguen como fin el resguardo de la igualdad y la libertad de las partes involucradas. Sucede que la democracia directa, como forma de dominación de todos sobre todos, aún no se ha realizado.

La tensión entre lo anterior y lo posterior está inscripta ya naturalmente en la sexualidad y el éxito reproductivo que de ella surge. Por mucho que se diferencien las cohortes generacionales naturales, sociales y políticas, ellas permanecen sin embargo ancladas en esa diferencia que es naturalmente dada y en función de la cual han de ingresar antes o después en las respectivas unidades de experiencia y de acción que inician las secuencias de acontecimientos. Es indudable que los animales y los seres humanos hacen un uso muy diferente del suspenso que se extiende entre la infancia, la juventud y la adultez; no obstante, allí está contenido ese mínimo natural de semejanza que alberga en sí todos los conflictos y posibles resoluciones de la historia humana.

Interior-exterior, superior-inferior y anterior-posterior son entonces determinaciones diferenciales que, tanto en el ámbito animal como en el humano, pueden escalar a oposiciones radicales. Ellas describen formalmente estructuras de la autoorganización y de la capacidad de acción que se repiten en forma constante y al mismo tiempo traen consigo secuencias de acontecimientos únicos. En este sentido, remiten a la base biológicamente condicionada de toda antropología histórica.

Si entretanto la ciencia, la técnica y la industria generan cada vez más novedades (con las que antaño a lo sumo sólo podíamos soñar), puede que la relación entre innovación y repetición haya sido efectivamente (digamos: modernamente) desplazada. En ese caso, se relativizaría también la observación de Rahel Varnhagen, otrora válida: «no es que tengamos experiencias nuevas, sino que son siempre nuevos seres humanos los que tienen viejas experiencias».[101]

Pero incluso si nos viéramos realmente compelidos, en virtud de estas invenciones recientes, a tener experiencias completamente nuevas, la tensión entre innovación y repetibilidad no podría ser jamás erradicada. Es sólo el grado de su relación lo que se modifica con el transcurso de la historia.

[101] Diario, 15 de julio de 1821, cit. en Walter Homolka & Annette Böckler (comps.), *Die Weisheit des Judentums*, Güttersloh, 1999, zum 2. Januar.

Esto lo muestran (3) las instituciones, que descansan sobre estructuras de repetición generadas exclusivamente por los humanos. Mencionaremos tan sólo algunas y en líneas muy generales.

Todo *trabajo* –a ello redujo el joven Marx la historia entera– se basa en instancias repetibles que pueden aprenderse y que exigen entrenamiento. Se aprende a empuñar una herramienta de trabajo a partir de un modelo que es posible imitar, es decir, que tiene que repetirse y ejercitarse. El trabajo en el campo ha permanecido durante miles de años inserto en un conjunto de condiciones geográficas y climáticas relativamente estables, a las cuales cazadores y campesinos tuvieron que adaptarse de diferentes modos para lograr sobrevivir. El pasaje de la labranza y el trabajo manual al uso de máquinas, la industrialización y la organización capitalista de la producción engendra otra vez, en cierto modo artificialmente, nuevas estructuras de repetición anteriores a cualquier producto individual. A partir de ese momento, la planificación de la productividad y de su incremento precede en cada caso empírico a la producción individual. El trabajo en la cinta de montaje y la fabricación automatizada y controlada electrónicamente de los productos individuales se nutren de procesos repetibles introducidos en las respectivas instalaciones productivas, así como también del cálculo de las probabilidades

de colocar productos en el mercado. Estas probabilidades se proyectan sobre la base del pasado y tienen que contar con un mínimo de repetibilidad. La extensión del *oîkos* a la *oikonomía* en los distintos marcos territoriales, nacionales o globales reproduce de esta manera condiciones continuamente renovadas de constantes repetibles, sin las cuales colapsaría cualquier economía.

Como todas las instituciones, también el *derecho* se nutre de la repetibilidad de su aplicación, y lo hace de manera eminente. La justicia y la seguridad jurídica sólo pueden realizarse cuando el derecho vigente es aplicado una y otra vez. De otra forma sólo impera la pura arbitrariedad, quienquiera sea el que la ejerza. La confianza mínima necesaria en el derecho subsiste gracias a que su aplicación se reitera y resulta por eso mismo esperable. No obstante, también aquí toda la historia pasada nos enseña que una y otra vez, de un caso a otro, se plantean desafíos que requieren una nueva aplicación o instauración del derecho. Y con el despuntar de nuestra era moderna se delinea un desplazamiento que confiere a decretos promulgados *ad hoc* con fuerza de ley y a leyes pronunciadas por el poder soberano un peso específico progresivamente mayor que el de las reglas jurídicas o consuetudinarias, tradicionales o establecidas, las cuales acaso hayan estado en vigencia por decenios o incluso siglos. Las condiciones aceleradas

de nuestra vida promueven regulaciones legales expeditivas, pero también de una vigencia más corta. El incremento de las regulaciones asegura cada vez menos justicia. En cualquier caso, el ámbito del derecho solamente está asegurado y es capaz de garantizar justicia cuando un cierto grado estable de aplicación reiterada de las leyes permite abarcar los casos nuevos que se presentan.

Algo análogo vale también para todas las otras *instituciones sociales* que moldean o regulan nuestra vida cotidiana. Los dogmas religiosos tienen que ser (relativamente) estables para poder seguir siendo objeto de fe. Cuando el anuncio de estos dogmas se interrumpe, la comunidad o Iglesia se derrumba, al menos en el caso en que su fe esté fijada de manera dogmática. Lo mismo es válido para todos los ritos y las prácticas relacionadas con el culto, los cuales, para mantener su eficacia, tienen que ser repetidos según reglas específicas.

Mutatis mutandis es posible establecer una interrelación similar entre las plataformas de larga duración de un partido u organización basada en una visión del mundo y sus acciones concretas, que son únicas. Sin esa determinación repetitiva de sus fines, aquéllos perderían su eficacia y su credibilidad, y en consecuencia, su atractivo electoral.

También en el derecho se estipulan y fijan mandatos que instan a una repetición duradera, como los

que protegen a determinadas leyes constitucionales de cualquier modificación, es decir, que obligan a que se las aplique en forma repetida. Nuestra Ley Fundamental de la República Federal Alemana ubica entre éstos el respeto de la dignidad humana y la garantía de continuidad de la división federal de poderes.

También las reglas de procedimiento de parlamentos, partidos, empresas y organizaciones forman parte de las premisas temporales constantes que hacen posibles en general procesos de decisión únicos y los ponen en marcha.

En el ámbito de los sistemas de tráfico y comunicación se instaló paulatinamente –con precisión cada vez mayor desde hace siglos– un tipo similar de interacción. El establecimiento de asignaciones presupuestarias y la estipulación de horarios aseguran en promedio la vigencia anual de un patrón de reiteración en los servicios públicos. Todas las vías del tráfico aéreo, acuático o terrestre son operadas, y cuando es posible también acopladas entre sí, de manera que puedan emplearse en forma consistente y continua. La esquela mortuoria que trae el correo por la mañana es única e irrepetible, pero el hecho de que la misma pueda ser entregada en un tiempo establecido depende de la reiteración regular del despacho y la entrega.

No cabe duda de que por medio de la telegrafía, el teléfono y la computadora, las capacidades de

dirección y control se ponen cada vez más a disposición de las personas individuales. Pero la red entera de la comunicación electrónica continúa resguardando la reiteración permanente de la situación de disponibilidad para la emisión y recepción de mensajes. La repetibilidad comunicativa se funde a partir de ese momento con la suma de los usos individuales de los servicios públicos. No es el caso en el sistema de tráfico, pero en la comunicación interpersonal se da una convergencia cada vez mayor de los presupuestos sincrónicos con las transmisiones únicas. La imagen que se transmite junto a un mensaje por medio del teléfono celular es para ambos, emisor y receptor, idéntica al acontecimiento simultáneo que sólo de esa manera llega a tener lugar.[102]

4. Hasta aquí hemos tematizado diferentes condiciones sincrónicas de acontecimientos posibles —estén dadas con total independencia del ámbito humano, se apliquen en igual medida a animales y a humanos, o hayan sido generadas exclusivamente por el hombre en forma institucional. Añadamos ahora algunos de los presupuestos diacrónicos que son propios de

[102] El autor se refiere al MMS (*multimedia messaging system*) o sistema de mensajería multimedia, que permite el envío de imágenes de diverso formato y modos de compresión [N. del T.].

los cursos de acontecimientos. Puede resultar sorprendente, pero también aquellos acontecimientos que *per definitionem* presuponen o producen su propia irrepetibilidad o incluso singularidad conocen regularidades repetibles. En su anatomía comparada de las Revoluciones inglesa, francesa y rusa, Crane Brinton ofreció una modelización de los procesos que, organizada de manera muy gráfica, mostraba la repetibilidad diacrónica de sucesos similares.[103]

Podemos añadir tres ejemplos relativos a la profecía, la prognosis y la planificación. Se trata en los tres casos de operaciones de cálculo que se extrapolan hacia el futuro y cuya fuerza probatoria se basa en la repetibilidad de secuencias procesuales anteriores.

Las *profecías* pueden apoyarse en el cálculo astrológico de las posiciones recurrentes de los planetas en función de sus trayectorias, cuyas repercusiones astrales se incluyen luego en los diagnósticos personales o políticos. O bien se basan en el texto bíblico que ha sido revelado de una vez y para siempre. A partir de éste se derivó –a través de la conciliación del Viejo y el Nuevo Testamento– un sistema complejo, elaborado durante siglos, de esperas apocalípticas o bien más cortoplacistas. Este sis-

[103] (*) Véase Crane Brinton, *The Anatomy of Revolution*, New York, 1938; 2da. edición revisada y ampliada, 1965.

tema podía invocarse una y otra vez, o en otras palabras: era repetible. La ley de la repetibilidad de las esperas bíblicas se basaba en la creencia de que cada vez que una profecía no se cumplía, se incrementaba la probabilidad de que ella resultara aun más certera en el futuro. El no haberse cumplido en el pasado funcionaba como reaseguro de una creciente probabilidad de cumplimiento futuro. De esta manera, también las profecías que habían fallado mantenían e incrementaban su derecho a cumplirse en el porvenir. Esta *manifestatio Dei* teológica en la historia condujo, a través de Bengel y Oetinger, a la *Phänomenologie des Geistes* [Fenomenología del espíritu] de Hegel, para atar finalmente, en el *Manifest der Kommunistischen Partei* [Manifiesto del Partido Comunista] de Marx y Engels, los cabos de una certeza duradera y a prueba de errores sobre la victoria final en la lucha de clases. Luego del siglo y medio en que se le adosaron profecías complementarias y compensatorias, esa certeza finalmente se esfumó.

Si bien desde el punto de vista de una historia de la experiencia las *prognosis* proceden de las profecías o permanecen entrelazadas con éstas, se diferencian no obstante de un modo fundamental de los anuncios proféticos de larga duración. Porque las prognosis apuntan a acontecimientos futuros únicos, sean políticos, sociales o económicos. Pueden

cumplirse o no. Se refieren a acontecimientos por venir que dependen de la acción humana y sólo pueden verificarse una única vez en la medida en que se den efectivamente. Toda variante o versión alternativa desaparece cuando los acontecimientos tienen lugar. Para decirlo en términos de Leibniz, se trata entonces de una verdad de hecho única e irrepetible. Una *verité de fait* se opone a las *verités de la raison*, que son ciertas en forma repetible, es decir, permanente.

Ahora bien, lo sorprendente es que también estas prognosis elaboradas con vistas a un suceso único tienen que tematizar presupuestos repetibles, los cuales apuntan a un futuro posible y no se agotan por completo cuando tienen lugar acontecimientos particulares llevados a cabo por personas individuales. Se trata en ese caso de una prognosis condicional repetible, que sería ciertamente un tipo particular a la par de otros. Pongamos un ejemplo.

Luego de su sangrienta derrota en la batalla de Kunersdorf en 1759, Federico el Grande escribió un conciso ensayo sobre Carlos II de Suecia, quien exactamente medio siglo antes había sufrido una derrota demoledora en la batalla de Potlava a manos de los rusos, en ese entonces bajo las órdenes de Pedro el Grande. Con base en ello, Federico extrajo una predicción duradera: que todo aquel que se atreviera a avanzar desde Europa occidental

hacia el este sin tener en cuenta las condiciones geográficas y climáticas sufriría el corte de sus líneas de suministro y refuerzos, y perdería así cualquier chance de lograr una victoria. Si Napoleón o Hitler hubiesen leído este texto y llegado a comprender lo amenazador de las secuencias de acontecimientos allí previstas, jamás habrían lanzado sus campañas contra Rusia, que se basaban todavía en premisas logísticas similares. En las batallas de Moscú y Stalingrado, respectivamente, ambos habrían de experimentar su batalla de Potlava.

Recién con la potencial destrucción de Rusia en un lapso de 30 minutos por medio de bombas atómicas desde Leningrado hasta Vladivostok ha sido superada la predicción estructural de repetición formulada por Federico, aunque no de manera completa. Aún permanece en vigor su advertencia frente al peligro de que se expanda excesivamente la esfera de poder de una unidad de acción europea.

Nuestro tercer ejemplo versa sobre la *planificabilidad* de acontecimientos venideros que han de ser producidos por nuestras propias acciones. Estos acontecimientos dependen forzosamente de procesos previos, en los cuales están contenidos presupuestos repetibles de futuros posibles. En septiembre de 1939 Hitler no buscaba todavía desatar una «segunda guerra mundial», sino más bien evitarla. Quería la guerra, pero no la que le tocó librar. Selló

un pacto con Stalin para evitar una guerra de dos frentes simultáneos como la de 1914. Y tuvo éxito en su empresa, máxime en virtud de los rápidos resultados que arrojó en el frente occidental su plan de presentar una suerte de recurso de apelación de la Primera Guerra Mundial. Al desatar pese a ello la guerra contra Rusia, Hitler pasó por alto las lecciones de 1709 y 1812. En su lugar, intentó extraer conclusiones relevantes para la planificación de su estrategia de tres acontecimientos que le eran más cercanos —la historia enseña precisamente todo, inclusive lo contrario. En primer lugar, Hitler se remitió al período 1914-1917, en el que se había producido una derrota palmaria del Imperio zarista como consecuencia de las dos Revoluciones rusas. En segundo lugar, tomó como referencia los asesinatos de la casi totalidad de los miembros del Politburó y de los altos mandos militares, que habían despojado a la Unión Soviética de su élite dirigente. Hasta qué punto había quedado desvalida la potencia militar de Rusia pareció quedar demostrado –en tercer lugar– por el humillante resultado obtenido por Stalin en la campaña que él mismo había lanzado contra la pequeña Finlandia, a la cual se remitió Hitler. Los éxitos iniciales en la campaña contra Rusia parecieron confirmar los tres datos fundamentales de referencia que Hitler supo derivar de la historia más reciente.

Baste este ejemplo en lo relativo a las estructuras de repetición de la planificación racional, aun cuando no sea posible elaborar una interpretación racional que alcance a explicar la guerra de Hitler contra la Unión Soviética, además de contra Gran Bretaña y los Estados Unidos. El enceguecimiento utópico y el terror fanático –contra los enfermos mentales, los judíos, los gitanos, los eslavos y otras formas de lo no-humano definidas en forma eugenésica o racial– se sustraen a los criterios racionales que aquí ofrecimos como modelo de la planificación.

Nuestras reflexiones sobre las estructuras de repetición en la historia toman dos posiciones extremas como punto de partida: que ni la repetición constante ni la innovación permanente resultan suficientes para explicar el cambio histórico. Ambos puntos de partida son necesarios para poder precisar las proporciones en las que finalmente se combinan. A partir de ello cabe derivar dos consecuencias, en apariencia contradictorias: que justo cuando ha de mantenerse la estabilidad de una determinada situación es que resulta necesario transformar, en la medida de lo posible, las condiciones en las que dicha situación se produjo en un momento anterior. Y a la inversa, resulta que cuanto mayor es el lapso en que se mantienen inalterados los presupuestos que condicionan una situación, tanto más rápido se modifica dicha situación.

La razón de estas afirmaciones tal vez pueda deducirse de los ejemplos que presentamos. A causa de las diferentes velocidades de transformación que muestran las series sincrónicas (en sentido cronológico) de acontecimientos en los ámbitos político, militar, social, mental, religioso o económico, surgen estructuras de repetición que resultan distinguibles en el análisis y que repercuten luego por su parte sobre las series de acontecimientos. No faltan entonces –para mantenernos dentro de las metáforas geológicas– desplazamientos, fracturas, grietas, erupciones y revoluciones, lo cual, dada nuestra dependencia de la historia de la Tierra, podría acaso no estar exento de un sentido ulterior.

5. Esta constelación metafórica conduce, en cualquier caso, a nuestro último interrogante: la cuestión de las estructuras de repetición en el lenguaje. Toda metáfora –en el sentido más amplio del término– nos enseña de entrada que el potencial comparativo de una expresión tiene que ser conocido con antelación por el oyente y el hablante para que aquélla resulte comprensible y transmisible. Para comprender la frase «Alejandro es un león», que puede parecer un sinsentido, hay que ser capaz de entenderla a partir de una comparación: «Alejandro luchaba con valor, bravura y hasta la victoria *como* un león». Sin perjuicio de la procedencia

psico- o etnolingüística de una metáfora de este tipo (que no resulta para nada unívoca), ella vive y obtiene su eficacia de la existencia y aplicación repetida de un conocimiento lingüístico previo. Y esto vale de manera general. Ninguna oración pronunciada o leída puede resultar comprensible si no se basa en algo que es sabido ya de antemano a través del lenguaje, en una «precomprensión» en el sentido de Gadamer. Incluso la novedad, lo que se conoce o se descubre por primera vez y no se sabía anteriormente sólo puede transformarse en un saber si la lengua que ha sido legada hasta ese momento permite articularlo.

Es posible, por cierto, que también hagan falta aquí innovaciones puramente lingüísticas para referir fenómenos absolutamente nuevos a un concepto también novedoso. Los lenguajes de fórmulas de la física atómica, la ingeniería genética o la electrónica atestiguan esto a diario. Si atendemos a los giros expresivos que se generan en forma puramente lingüística, o por así decirlo, son inmanentes al lenguaje, y que pueden luego ocasionar por su parte un desplazamiento semántico de los conceptos lindantes, o bien pueden repercutir en la sintaxis o aun en el sistema entero del lenguaje, diremos que este tipo de innovaciones sólo pueden ser logradas y resultar comprensibles en la medida en que se inserten en el acervo lingüístico legado y se

acuñen en forma análoga a formaciones de palabras preexistentes.[104]

La tensión entre repetición e innovación de carácter único, que hemos mostrado hasta aquí en la multiplicidad de las historias, también informa al lenguaje en la multiplicidad de sus articulaciones geográficas, sociales, históricas o de otro tipo. En relación con esto, cabe señalar en primer lugar que el cambio de las cosas que tiene lugar en las historias y el cambio que se da en los lenguajes no pueden jamás proyectarse el uno sobre el otro en una relación de 1:1. Ello queda ya descartado en virtud del carácter dual del lenguaje: de un lado, éste apunta a estados de cosas que son exteriores a él y, del otro, está sujeto a sus propias regularidades e innovaciones lingüísticas. Ambos aspectos remiten el uno al otro y se condicionan de manera recíproca en ciertos segmentos, pero no convergen nunca en forma completa. El carácter referencial (la capacidad del lenguaje de abrir el mundo) y la fuerza para crear sus propias formas que le es igualmente inherente pueden estimularse de modo recíproco. Pero

[104] Ferdinand de Saussure, *Linguistik und Semiologie. Notizen aus dem Nachlaß. Texte, Briefe und Dokumente*, Johannes Fehr (comp. y trad.), Frankfurt am Main, 1997. Véase también Eugenio Coseriu, *Synchronie, Diachronie und Geschichte. Das Problem des Sprachwandels*, München, 1974. Coseriu reúne las oposiciones básicas de Saussure –entre habla y lengua, diacronía y sincronía, lenguas y lenguaje, y movimiento y sistema– para presentar todo sistema lingüístico como un sistema en devenir o «historia estructural».

las historias del mundo contienen siempre o algo más o algo menos que lo que es lingüísticamente posible decir sobre ellas, así como, a la inversa, en todo discurso previo, simultáneo o posterior a una historia se dice siempre algo más o algo menos sobre ella que lo que efectivamente sucede o sucedió.

Hecha esta necesaria salvedad metódica, podemos arriesgar algunas afirmaciones con el objeto de iluminar las relaciones entre repetición y unicidad en el marco de la relación recíproca entre lenguaje e historia.

Es sin duda conveniente distinguir entre la sintaxis, la pragmática (o la retórica) y la semántica, puesto que todos estos ámbitos tienen una velocidad de transformación propia y por eso diferente. La sintaxis o la gramática se mantienen comparativamente estables durante períodos extensos. La semántica, en cambio, se ve a menudo forzada, en virtud de desafíos externos, a adaptarse con rapidez. No obstante, una mirada a la historia política o militar –que exhibe a menudo aceleramientos bruscos– nos alecciona acerca del hiato entre historia de las cosas e historia de la lengua, hiato que se reabre siempre de manera continua. El cambio político, que es siempre a la vez lingüísticamente inducido (*ex ante*) y lingüísticamente registrado (*ex post*), se produce a menudo más rápido que el cambio lingüístico. Por más que esté contenido en el

cambio político, el cambio lingüístico no puede seguirle el ritmo. Es sólo la semántica la que se tiñe políticamente, y mientras que ella tiene que acomodarse al lenguaje de la propaganda, la sintaxis y la pragmática se mantienen todavía por ese motivo largo tiempo inalteradas. Recordemos la semántica triunfalista del nacionalsocialismo durante la guerra, que resonó también en las formas del discurso pacifista de la *re-education*;[105] o bien el *staccato* en el modo de hablar tan característico del noticiero «Wochenschau», que sobrevivió un largo tiempo a la derrota alemana, hasta que fue posible dar con un nuevo estilo más amable y persuasivo. El modo de hablar y la semántica de la lengua alemana sobrevivieron durante un tiempo considerable al colapso político, militar y social. Ambas tuvieron una lenta agonía luego del derrumbe del sistema nacionalsocialista. Pero a pesar de los slogans belicistas que escupía la propaganda nacionalsocialista, la

[105] En inglés en el original. Koselleck se refiere a los programas de reeducación en el marco de los esfuerzos de desnazificación organizados por las Fuerzas de Ocupación Aliadas luego de la caída del régimen nacionalsocialista. Koselleck, después de ser liberado del campo de prisioneros en Kazajstán y antes de poder retomar sus estudios en Heidelberg, debió participar en uno de estos programas en 1947, que estaba a cargo de un equipo británico liderado por el joven historiador de origen judío-austríaco Eric Hobsbawm. Véase Willibald Steinmetz, «Nachruf auf Reinhart Koselleck», en Hans Joas y Peter Vogt (comps.), *Begriffene Geschichte*, p. 61. Hobsbawm evoca su experiencia y su encuentro con Koselleck en *Interesting Time: A Twentieth-Century Life*, London, 2002, p. 179 [N. del T.].

lengua alemana en su conjunto no sufrió prácticamente ninguna transformación estructural en los doce años que van desde 1933 a 1945. Los responsables por la utilización de las palabras y los matices de sus significados no son las palabras mismas, sino únicamente los hablantes.

Detrás de desfases temporales como el que existe entre los actos candentes de enunciación sobre las cosas y la historia de la lengua (que se ubica en un plano de mayor duración) surge un problema general de toda retórica que pretenda lograr un efecto único con base en argumentos repetibles. Como señaló Heinrich Lausberg,[106] cuando no logra visualizarse el carácter recurrente de los *topoi* retóricos y se los toma equivocadamente como únicos o novedosos, acaban por ser sobrevalorados; y si, por el contrario, son tomados como fórmulas vacías, son entonces infravalorados, lo cual es igualmente erróneo. Esto que es válido para la retórica se aplica *a fortiori* también a toda la pragmática. Se trata siempre de distinguir entre lo que trae consigo una innovación y las estructuras de repetición, y de sopesarlos entre sí para poder así juzgar de una manera adecuada y objetiva. El carácter temporalmente único de una alocución exitosa en particular

[106] Heinrich Lausberg, *Elemente der literarischen Rhetorik*, München, 1963, p. 39.

o la singularidad de una nueva forma de demostración se basan precisamente en el arte de retomar elementos lingüísticos repetibles que son ya harto conocidos y combinarlos de manera que suenen como algo único o novedoso. Se trata siempre en ello de hacer presente la diferencia entre forma lingüística y estado de cosas. Ni la orden de matar (o la aprobación que suscita), ni la noticia de una muerte son confundibles con la muerte misma.

Aquello que desde un punto de vista antropológico contiene una proposición duradera y que retorna una y otra vez –que todos somos mortales– puede presentarse en un abanico tanto lingüístico como real –cómo, cuándo y por qué sucede la muerte de alguien–. Pero el lenguaje no puede jamás llegar a acoger el evento único de la muerte como tal. Ello explica por qué la semántica, en comparación con la sintaxis, se ve más a menudo obligada a legitimarse y por qué cae con mayor rapidez en crisis de credibilidad. La diferencia que separa al lenguaje de la historia de las cosas está implantada en éste de modo insuperable. Podemos traer a colación, para concluir, un ejemplo inquietante tomado de la historia conceptual alemana.

En su traducción de la Biblia, Lutero vertió *Berit* –la alianza o pacto veterotestamentario de Dios con su pueblo– con el concepto alemán de *Bund*. El término era un feliz neologismo de la historia constitu-

cional previa y designaba como colectivo singular la ejecución institucionalizada de acuerdos dentro de un estamento o entre distintos estamentos. Durante la Baja Edad Media había adquirido una importancia creciente dentro del lenguaje jurídico, hasta que Lutero le dio este sentido unívocamente teológico. Así pues, una alianza o *Bund* no era algo que pudieran crear los hombres, sino que sólo Dios podía instituir. El nuevo anuncio teológico se tragó por completo el significado jurídico. *Bund* perdió de esa forma, para la lengua marcada por Lutero, su rango político-constitucional; en efecto, lo que en nuestros manuales escolares figura como *Schmalkaldischer Bund* [Alianza Esmalcalda] jamás recibió esa denominación. Fue una alianza de carácter pragmático o intramundano para la defensa de la confesión protestante, y no una alianza creada por Dios. La mezcla político-teológica explosiva y revolucionaria, tal como fue conceptualizada en inglés con el término *covenant*, quedó reprimida en Alemania. Hasta qué punto la semántica del *Bund* permaneció empapada de sentido teológico –no obstante todos los usos político-constitucionales o sociales del término que proliferaron en la era de la Ilustración– lo muestra el encargo que recibieron Marx y Engels en 1847: redactar una «profesión de fe de la Alianza o *Bund* de los comunistas». Ambos rechazaron este mandato de repetición teológica. En su lugar redactaron

un nuevo texto, grávido de futuro, que enardecería y proyectaría su sombra sobre el próximo siglo y medio: el *Manifest der Kommunistischen Partei*. La profesión de fe fue reemplazada por una manifestación histórico-filosófica, y la alianza divina, por un partido polémica y conscientemente unilateral. Dicho partido supo a partir de entonces que se hallaba en alianza con la historia, tal como la interpretaba la filosofía de la historia.

Una fuerza de empuje semántica, de estirpe centenaria y origen teológico, fue cercenada por un nuevo régimen lingüístico y encauzada –a expensas de una simple repetición– en nuevas trayectorias. No caben dudas de que en el régimen lingüístico marxiano se trasluce también la vieja estopa teológica alemana. Aquella marcha de Dios por la historia que era conocida de antemano, la *manifestatio Dei*, confirió incluso al nuevo programa del partido una plausibilidad sólo en apariencia sorprendente.

De esta forma, también nuestro último ejemplo confirma que no puede haber ninguna innovación, ya sea lingüística o del ámbito de las cosas, que sea tan revolucionaria como para no depender de estructuras de repetición previamente dadas.